





100% SOSTENIBLE
100% RESPONSABLES
100% COMPROMETIDOS

ASÍ HEMOS HECHO ESTE LIBRO



Salvo casos excepcionales, trabajamos con una empresa papelera que funciona con biocombustibles locales y se abastece de los bosques cercanos, que gestiona de forma estrictamente sostenible. Ha implantado voluntariamente el Reglamento de la Unión Europea de Ecogestión y Ecoauditoría, y WWF la considera una de las fábricas más sostenibles del mundo.



Allí fabrican el papel interior y exterior con el que se ha hecho este libro, con unas emisiones certificadas de 365 kg de CO₂: un 50 % menos que la media europea y un 75 % menos que la media española. En otras palabras: uno de los papeles más sostenibles del mercado (además de tener las certificaciones FSC, PEFC, ISO9001, ISO14001 y EU Ecolabel).



Uno de los mayores problemas ecológicos a la hora de fabricar papel (y de hacer libros) es el consumo de agua: la media europea está entre 10 y 15 litros por kilo según la European Environmental Agency. La fabricación del papel interior y exterior de este libro ha consumido sólo entre 3 y 4 litros.



Queremos eliminar todos los materiales de origen fósil de nuestros libros y de nuestro trabajo. Por eso este libro no está plastificado (si lo estuviera, su tirada habría consumido más de 500 m² de plástico).



El transporte del papel desde la empresa papelera hasta la imprenta se hace, en buena medida, en trenes de larga distancia, e imprimimos a menos de 300 km de nuestra oficina, todo lo cual nos permite reducir notablemente las emisiones contaminantes.



Una vez fabricados los libros, los envíos que dependen de nosotros se realizan mediante una mensajería ecológica: el 100 % de las recogidas y buena parte de las entregas se hacen andando o en bici. Para las entregas que no se pueden hacer sin medios motorizados hemos elegido a la mensajería con el plan de reducción de emisiones más ambicioso para 2025.



Toda la energía utilizada para editar este libro es 100 % energía verde renovable y certificada. Además proviene de una cooperativa de la que nuestra editorial es miembro, de modo que consumimos la energía que previamente producimos en instalaciones solares, eólicas o de biomasa.



Todos los recursos económicos utilizados para editar este libro estaban depositados en la banca ética, y allí llegarán también los beneficios (¡esperemos que los haya!). De este modo garantizamos que este dinero sólo revertirá sobre proyectos sostenibles, con un interés social, cultural y medioambiental, sin inversiones en la economía de las energías fósiles.

Si quieres más información sobre estas cuestiones puedes leer el apartado «Compromisos» de nuestra página web o escribirnos a info@erratanaturae.com.

NIADELA

BEATRIZ MONTAÑEZ



errata naturae

*A mi familia, por su comprensión.
A mi segunda familia, Cabanes Salmerón,
por su inmensa generosidad.
A Gustavo, mi héroe.
A la naturaleza, que me salvó de mí misma.
Al chocolate, sustituto agradable, aunque
no comparable, del sexo.*

PRIMERA EDICIÓN: marzo de 2021

© Beatriz Montañez, 2021
© Errata naturae editores, 2021
C/ Sebastián Elcano 32, oficina 25
28012 Madrid
info@erratanaturae.com
www.erratanaturae.com

ISBN: 978-84-17800-73-4

DEPÓSITO LEGAL: M-4048-2021

CÓDIGO IBIC: BM

IMAGEN DE PORTADA: Esther Pascual Fernández

IMAGEN DE SOLAPA: Mario Martín

MAQUETACIÓN: Sara Pintado

IMPRESIÓN: Kadmos

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Los editores autorizan la reproducción de este libro, de manera total o parcial,
siempre y cuando se destine a un uso personal y no comercial.

Expresar nuestros sentimientos ante otros parece extravagancia o afectación y, por otra parte, tener que desmenuzar este misterio de nuestro ser a cada momento y lograr que otros asuman un interés igual en él es una actividad para la que pocos se muestran competentes.

WILLIAM HAZLITT, *Caminar*

Ayer soñé que regresaba a Niadela. Era de noche, como la primera vez que acudí a ella, y la verja estaba abierta y oxidada. Como en aquella primera ocasión, las estrellas iluminaban el sendero de piedras blancas, pero ya no era el mismo. Estaba desdibujado bajo las rocas desprendidas del acantilado por los fuertes vientos y tormentas, y sepultado bajo nuevos árboles, matorros, arbustos y zarzas cargadas de moras de porcelana negra y brillante como ojos de cárabo. Antes de cruzar el río, entre los álamos asfixiados por la hiedra, me pareció ver una luz en la ventana. Apenas llevaba agua y la naturaleza había crecido salvaje sobre su cauce. Avanzaba lentamente entre raíces desnudas, gruesos juncos y ramas retorcidas de hierbas silvestres. El bosque por fin había vencido. Ascendí la colina donde Niadela se erigía silenciosa. En el último tramo busqué luz en alguna ventana, pero ya no vi nada. Ahí

estaba de nuevo, frente a Niadela; nos contemplábamos la una a la otra, como la primera noche, dos construcciones abandonadas. La madre selva cubría su piel rocosa, se enredaba entre las rejas, tapaba las ventanas y estiraba sus largos dedos sobre las tejas. El musgo ocultaba el enlosado, y la puerta de madera de la entrada se había vuelto negra, como cuero seco, envejecido por la lluvia y por el sol.

No puedo volver a mi Niadela abandonada, pero en mis sueños regreso con frecuencia a aquellos primeros días, los más bellos y extraños de mi vida.

Nada tengo. La casa donde vivo es prestada, como lo es el coche que me lleva al pueblo más cercano para comprar comida y otras cosas de primera necesidad. He conseguido reducir mi vida a los dos únicos contratos imprescindibles cuando se vive aislada y en soledad: una tarjeta de débito y un teléfono. Siempre visto de negro, pantalones y sudadera; cuando se rompen, los remiendo. Sobre la nevera hay una libreta imantada donde apunto lo que necesito; para mi satisfacción, la lista es muy corta. No como nada que provenga de animales; mi comida es sencilla, apenas un capricho: una tableta de chocolate y a veces, solo a veces, una botella de vino. Todo lo demás me sobra.

Todo lo que me rodea es austero. La casa que me cobija es pequeña, de piedra, vieja. Adolece de humedades, como yo de dolores de cabeza. De mayo a mayo me paso

los días escribiendo. Me acompañan el fuego de la chimenea y los libros que me rodean. Me lleno con ellos y me vacío de nuevo escribiendo.

Escribo sobre una mesa alargada repleta también de libros con notas. Cada libro que leo tiene su propia libreta. Hay cientos. Copio frases y palabras que considero especiales, de esas que parece que se escuchan por primera vez; frases que conjugan, como en un hechizo, las palabras perfectas para explicar algo que quizá nunca nadie fue capaz de entender antes. Esta magia solo la he encontrado en los clásicos. Debajo de esas palabras escribo lo que me sugieren sin pensarlo demasiado. Escribo con lápiz. Me gusta el ruido de la mina cuando roza la piel crespada de la hoja; manchas negras sobre el blanco. Como siempre, el pensamiento ensucia hasta la más pura de las formas.

La mesa, que preside la chimenea, está rodeada de cuatro sillas que encontré en una casa abandonada a unos pocos kilómetros de aquí. Hay dos alacenas de madera; una de ellas llena de loza y vasos de cristal; la otra, de alimentos secos: cereales, harinas, legumbres, semillas, frutos y hongos deshidratados, y, como decía, a veces una tableta de chocolate, de perfil, casi escondida, para evitar la tentación cada vez que busco algo. Enfrente de la mesa tengo una ventana. Veo los árboles, y a veces ellos también me ven a mí; veo el gran acantilado que rodea mi hogar prestado; veo la hierba poblada de movimientos furtivos; veo vellocinos de nubes y hojas desmayadas. Por las noches, cuando enciendo unas velas sobre la mesa,

me veo reflejada en el cristal de la ventana. Pegado a la ventana hay un catre. Sobre él, una colcha cubre una vieja espuma y algunos cojines blancos hacen que parezca apetecible tumbarse. A veces me llama y yo le respondo. Mi habitación está al lado de la pequeña entrada abierta al comedor. En la entrada solo hay una obesa estantería que alimento con más libros que me sugieren otros libros. Todos los que guardo han sido grandes experimentos; de los que he salido indemne, los regalo. Hay una nevera y una cocina, ambas de gas. En medio, una pileta de mármol de dos senos. Cuando friego los platos, veo a través de la ventana que da al patio al carbonero, mi vecino más sociable, comer las semillas de girasol que le dejo en un cuenco de barro. Este año ha vuelto con sus dos crías.

Hay una primera planta abierta al comedor por una sencilla barandilla de madera; antaño estuvo llena de viejos colchones amontonados, dos trojes para el trigo y multitud de insectos vivos y muertos, desconocidos para una chica de ciudad. Ahora hay tres camas pequeñas separadas por maletas que improvisan mesitas y otra algo más grande para las parejas que me visiten. O al menos esa era la idea, pero nadie lo hace. Una vez al año alguien se pasa por aquí. No cuento a X, mi pareja. Aunque él también venía más a menudo antes.

El baño es básico; un lavabo encastrado en un antiguo aparador, un retrete, un bidé y una bañera pequeña con un escalón que la hace aún más pequeña. No hay adornos, nada que trate de llenar un vacío que no existe; solo un antiguo cajón de imprenta, que hace las veces de

estantería, cuelga de la pared. El baño tiene dos ventanas, una da a la parte frontal de la casa y otra al patio, ahora adecentado, aunque las cabras no diferencian entre las plantas ornamentales y las simples hierbas.

Mi habitación también es sencilla. Una cama, dos mesitas, una mecedora y un armario de obra. Despertarme en este sobrio entorno después de tres años me sigue produciendo cosquillas en la boca del estómago. Es imposible ser frívolo en la austeridad. La felicidad es, al fin y al cabo, simplicidad, simplicidad, simplicidad.

En mi guarida me protejo de la telaraña de la humanidad, me resisto al amparo de la permanencia, donde el efecto hipnótico de la repetición de cada día automatiza la vida; en el silencio de mi guarida aprendo a hablar, y en la soledad, a valorar la compañía. Fuera de mi guarida soy parte de lo que me rodea. Soy la hormiga cuando la observo, soy el pájaro en su ascenso, soy árbol, mil árboles cuando respiro junto a ellos, soy lluvia fecunda en lagunas embarradas, soy río bullicioso con resoplo de golondrinas en la espalda; el musgo crece en mí, y por la córnea luminosa del sol a veces camino...

Este libro está dedicado a este lugar, a la casita solitaria que me cobija. A los animales con los que convivo. No voy a ubicarla en un mapa, ni la llamaré por su nombre, sino por el mío, Niadela. No quiero crear ningún misterio a su alrededor, simplemente me niego a traicionar su soledad haciéndola pública. Esta casa puede ser cualquiera, una de las muchas pequeñas casas de piedra aisladas en tupidos bosques. Yo también puedo ser cualquiera y, como

cualquiera, en un giro irónico y extraño, me convertí en una criatura a la deriva, incomprensible y en desequilibrio con el resto de la creación. Pero tal vez esta es la forma en la que se mueve toda nuestra especie.

DIA 1. MAYO.

TIERRA

Siempre he sido una persona visceral. La vida me ha castigado por ello a veces, pero no las suficientes, porque aún siento los rescoldos de ese ímpetu contemporáneo. Siguiendo uno de esos impulsos he cogido el último tren del día, a las once de la noche, hacia el pueblo que queda más cercano a Niadela.

Hoy es 29 de mayo. Es la una de la madrugada. Dos horas de tren y media hora en un taxi local. Me ha dejado al comienzo de la zona menos transitada. El taxista no quiere estropear los bajos del coche. A través del retrovisor, unos ojos que sonrían sin aparente alegría mientras me bajo. Camino tres kilómetros por un sendero de tierra hacia el paisaje que me ha invocado tantas veces. No recuerdo ningún otro lugar en el que haya reparado menos la primera y única vez que lo visité. Sin cobertura telefónica, sin agua caliente, sin electricidad, sin rastro de un

ser humano en veinticinco kilómetros a la redonda. No me resultó atractivo entonces. Qué ingenua... Y sin embargo no he podido olvidarlo.

Desde la verja a la casa restan quinientos metros. La noche es tibia, la mochila pesa y comienzo a sudar. Los grillos vocingleros callan a mi paso y retoman el llamado cuando la tétrica sombra humana se desvanece. Marco un ritmo ágil, empujada por la ilusión, emoción indispensable para el desorientado. El suelo pedregoso, de color cobrizo y pardo, serpentea entre pinos y un oscuro sotobosque.

Para llegar a la casa hay que cruzar un río. Lo hago sirviéndome de rocas en hilera y subo por el camino de la izquierda, en ligera inclinación. Veo de lejos su silueta rocosa en la cresta de la colina, apago la linterna. El olor es fresco, limpio. El aire denso del sotobosque se diluye y abandona, en su paso ascendente, el aroma del romero y del tomillo, el olor fértil del agua. Aquí, el aire fluye como en los albores de los tiempos, puro. Miro hacia arriba, a la oscuridad taladrada por el brillo de las estrellas, y la piel se me descarna. Solo un segundo frente a este magnetismo antiguo, mar de hierro, brillante abismo de retinas perforadas, y he olvidado todas mis miserias. Pecas incandescentes desplegadas sobre la tierna mejilla carbonada de la tierra, la habéis visto en su máxima belleza y, ahora, no podéis mirar hacia otro lado cuando se convierte en la más fea. Recuerdo que yo también era una estrella, que fui piedra libada por hongos y hiedra; por un momento, la extensa y verde floresta rezumaba

exaltación y a la luz me volvía gema; o tal vez fui agua, aire, lo dulce y lo seco, corteza de árbol, crepúsculo, escarcha, agujón de luz... Soy esa parte del universo que dejó de creer que lo era.

Me detengo delante de la oscura puerta de madera estriada. Busco la llave y abro. No voy a entrar en detalles aburridos, todas las casas viejas y deshabitadas se parecen. Telarañas, polvo, insectos, animales vertebrados e invertebrados, diminutas sombras... En alguna que otra ocasión, según me dijeron, alguien había pasado por aquí una tarde, quizá una noche, pero esa era toda la compañía que había recibido la casa en los últimos tiempos. Llevaba trece años sin ser habitada.

Tardo una hora en acostarme. Mi repulsión a los insectos me lo impide. Antes debo asegurarme de que no haya nada en la cama, encima o debajo de ella, en los rincones o dentro del armario, que pudiera asustarme, picarme o emitir algún ruido extraño. Me acuesto vestida; demasiado escrupulosa todavía.

He pasado cinco años en estado larvario y sé que esta noche da comienzo una nueva etapa de mi vida. Voy a necesitar grandes esfuerzos de adaptación, superar algunas fobias, muchas frustraciones y dudas y, sobre todo, una pesada incertidumbre. Ya la siento en la nuca, doblegándome la cabeza, pero esta vez no voy a huir. Voy a dejar de ser larva para convertirme en ninfa. La forma adulta la perseguiré toda la vida.

Unos fuertes graznidos caen en tromba hasta mi tímpano. Amanece, y la luz aletea entre la persiana verde

helecho. Me levanto rápido, con un ligero mareo y un crujir de huesos. He dormido en posición fetal. Como si todo lo que hubiera más allá pudiera contagiarme, o quizá, gestando un nuevo ser.

Me acerco a la ventana. Un cuervo de pico y tronco robustos, brillante plumaje negro con reflejos de azul helio, me mira desde una distancia de dos metros. Sí, me mira. Tiene los ojos como cerámica esmaltada. Emana un halo puro de llamas espectrales. Mis pupilas se uncen a las suyas. Mi cuerpo se inclina hacia él. La persiana cruje y los dos alzamos el vuelo. No es un buen augurio. Pero ¿alguien cree aún en las señales?

Salgo de la casa en pijama, a quién le importa, para contemplar la imagen cósmica del mundo. La imagen se fosiliza, es ya recuerdo primitivo. Por un instante, tengo la sensación de que de mí no queda nada. El observador no importa. Lo observado se convierte en pupila y córnea, y avanza hasta las cuevas más profundas de la memoria. En el paisaje, una quietud sobrehumana. El corazón se abalanza. Despega. A mis oídos llega un clamor exaltado, la brisa lo zarandea. Cientos de pájaros en cantos prenupciales alborotan las hojas más cercanas a su percha. La mañana sabe a almendras tostadas, huele a almíbar de hierba. Esa luz sacra de las primeras horas se frota con el paisaje, mustia y blanda. La radiografía de verdes empacha mi limitado conocimiento de los colores. Chopos, fresnos, olmos, encinas, pinos, almeces, serbales, carrascas, madreselvas, zarzamoras, romeros, boj, malvas, margaritas, amapolas, lavandas, tomillos, cardos... Hijos predilectos

de la tierra que adornan el gigantesco acantilado montañoso que rodea la casa, sedimentos de colores como venas abiertas. En los abrigos del acantilado imagino tribus enteras, familias nómadas o cazadores solitarios, animales heridos o perseguidos, escondites, nidos, recovecos misteriosos para el poeta, agujeros negros para el filósofo. Se me vienen a la cabeza Goethe y su visión cósmica del paisaje: «Aquí reposas sobre una base que llega a las entrañas más profundas de la tierra».

A los pies del acantilado, el ronroneo sibilante de un río manso, hasta que choca con alguna roca donde una lavandera cascadeña se atusa el plumaje. Su pecho amarillo, reflejado en la dermis plateada del río, se funde con hebras de sol entre las ramas jóvenes. Chopos canadienses invaden el cauce del agua. Vivos unos, muertos otros, han sido plantados por el ser humano y rechazados por la tierra. Como huesos pulidos destacan sus troncos muertos contra el verde rutilante del bosque. Con las lluvias afiladas del invierno y las ventiscas de enero, los chopos, desubicados, se rinden al primer golpe. Bajo sus pies, nada. Hierba y zarza. Más allá, donde no hay chopos, al río lo adornan brazaletes irisados.